

LA FILOSOFIA DE LA COORDINACION DE
JOSÉ VASCONCELOS

DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
Universidad de Nuevo León

I

TRAYECTORIA BIOGRÁFICA DEL HOMBRE

DE UNA FAMILIA DE LA CLASE MEDIA, honesta y católica, nació José Vasconcelos Calderón el día 27 de febrero de 1882 en la ciudad de Oaxaca, México. Murió, como un verdadero varón cristiano, el día 30 de junio de 1959. Muy pronto empezó su vida peregrinante. Un traslado a una población fronteriza le hizo vivir hondamente el violento entrecruzamiento de dos culturas. Los sucesivos cambios que experimentó su padre, un empleado aduanal, le fueron dando esa gran afición a los viajes que le ha llevado a decir: "viajar debiera ser un derecho inscrito en la Carta Fundamental de todas las naciones... un baño de mundo, tan necesario al alma, como al cuerpo es necesaria el agua de mar, no debiera privarse a nadie de tenerlo. No poder viajar equivale a tener el cuerpo en la cárcel. Dentro del corazón llevamos como un pájaro que periódicamente necesita volar..." El deseo de aventura, el afán de conocer las reacciones del espíritu ante nuevos paisajes, nuevas costumbres, nuevas religiones, y la nostalgia de lo que se deja para no volver a ver quizá jamás, le llevaron a nuestro "Ulises Criollo" a Constantinopla y al Cairo, a España y a Italia, a Palestina y a la India, a la América del Sur y a los Estados Unidos del Norte. Resultado de su largo peregrinar por los campos y ciudades de Dios, fue una especie de sentimiento ascético de desprendimiento, una sensibilidad de exquisito refinamiento y una ciudadanía de todas las culturas.

Sus estudios primarios los hizo en Oaxaca; sus cursos de Preparatoria y su carrera profesional los realizó en la ciudad de México. El título de abogado

lo obtuvo con una tesis —bastante original por cierto— que intituló “Teoría Dinámica del Derecho” y que fue publicada, dos años más tarde, en la Revista Positiva. Fuera de lo que pudo aprender de Filosofía en sus años universitarios —época de positivismo spenceriano—, su saber filosófico lo debe a lo que aprendió y leyó por cuenta propia.

Ejerció la abogacía por breve tiempo. Pero sus estudios de Derecho influyeron, decisivamente, en su afición por las ciencias y las reformas sociales. En sus viajes de “abogado de la legua” palpa las necesidades y la miseria de nuestro pueblo. El revolucionario se va incubando. Estalla la revolución y José Vasconcelos milita —con las armas en la mano— en las filas de Madero. Cuando el General Huerta se apodera del mando por el crimen, “Ulises Criollo” sale al destierro y rueda por Europa en donde el desterrado se engolosina sin refrenar su grito delante de cada piedra, de cada ángulo de historia en que el genio occidental se ha perpetuado. Bajo el régimen de Don Venustiano Carranza asume la Dirección de la Escuela Preparatoria, puesto que tuvo que abandonar por sus opiniones vertidas —sin cortapisas— en contra de los hombres y de los métodos de Carranza. En la Convención de Aguascalientes —junta política que desconoció a Don Venustiano Carranza y llevó a la Presidencia a Don Eulalio Gutiérrez— el abogado Vasconcelos presentó un estudio sobre la legalidad y la soberanía de dicha Convención. En aquella época de fermento social Vasconcelos ocupa por primera vez la Secretaría de Educación Pública. Vuelve Carranza al poder y vuelve Vasconcelos al destierro, sólo que ahora por la América del Sur. El Presidente Obregón le nombra Rector de la Universidad Nacional, con el fin de que creara la Secretaría de Educación Pública. Es entonces cuando desarrolla la más grandiosa labor que se ha llevado a cabo en el ramo de la Educación en México. Percatado de que la religión es uno de los factores sociológicos más fuertes —si no el que más— en la constitución de una nacionalidad, desaloja de las escuelas el infiltramiento yanqui en forma de protestantismo. El Ministerio lo divide en tres departamentos principales: el de las Escuelas, para impartir tanto enseñanza científica y técnica como teoría; el de Bibliotecas, para difundir la lectura en todo el país; el de Bellas Artes, para fomentar la cultura artística (canto, dibujo, gimnasia y estudio de artes especiales en las Escuelas). Y con el ejemplo y la devoción que le habían suscitado los misioneros españoles, crea el departamento de Enseñanza Indígena a cargo de un escuadrón de maestros que se debían inspirar en la obra de los misioneros. Gracias a su famosa cruzada contra el analfabetismo, millares de campesinos y de obreros empiezan a leer y a escribir. Edita las obras cumbres del pensamiento humano, en la célebre colección de los libros verdes de la Universidad, y las pone al alcance de todos. Cuanto elemento de belleza ha creado el alma popular de México: cantos, danzas; pinturas, cerámicas, artes decora-

tivas, es recogido amorosamente por Vasconcelos. Crea la orquesta sinfónica y hace surgir escuelas de pintura al aire libre. La gran pintura mural mexicana de nuestros días —Diego Rivera y José Clemente Orozco, sobre todo— nació en la época en que José Vasconcelos, desde el Ministerio de Educación Nacional, puso todo su empeño en prohijar las grandes realizaciones de nuestra plástica.

En su libro *De Robinson a Odiseo* Vasconcelos nos da cuenta de las ideas que animaron el primer Ministerio de Educación Pública Federal que haya funcionado en México. Aunque levantó edificios en abundancia, nuestro “Ulises Criollo” estaba convencido de que no bastaba construir escuelas, sino que había que insuflarles el espíritu de una ideología generosa. Puesto que los mexicanos somos culturalmente latinos, no podemos ni debemos —piensa Vasconcelos— someternos a un adiestramiento fundado en los métodos inductivos de la manera de pensar anglosajona. Contra la insistencia de Dewey en “aprender haciendo” —que produce el tipo Robinson— Vasconcelos opone la formación del “nuevo Odiseo”: el hombre que no será educado para una tecnocracia, sino para recibir las disciplinas de la totalidad y para gozar de la cultura.

Dos grandes decepciones políticas han cruzado la vida de Vasconcelos: su derrota como candidato a Gobernador del Estado de Oaxaca y su derrota como candidato a la presidencia de la República. En ambos casos los consabidos fraudes e imposiciones en su contra. En la vida política de nuestra Nación nunca ha habido una campaña, como la vasconcelista de 1929, con mayor entusiasmo rayano en frenesí. Ante los abominables atentados contra la vida del Maestro y la de sus partidarios, Romain Rolland convoca a los más esclarecidos intelectuales de Europa y América para exigir que se respete la vida de Vasconcelos, de tan alto valor para la humanidad entera. Tengo la impresión —pese a todas las explicaciones que Vasconcelos me ha dado por carta y oralmente— de que de esta amargura no se pudo curar nunca. Desde entonces hasta su muerte, se sintió siempre desligado de la política mexicana.

Su último destierro voluntario es en la época del general Calles: Europa, Asia y residencia en Norteamérica. Del exilio supo siempre hacer un campo fecundo en que forjó su pensamiento y elaboró sus libros. Vuelve con nosotros —retorno definitivo hasta el día de su muerte— cuando asumió la presidencia el Gral. Avila Camacho. Desempeñó el puesto de Director de la Biblioteca Nacional y posteriormente dirigió la Biblioteca México.

José Vasconcelos es un converso. De la Iglesia le habían apartado —según su propio decir— cuestiones en cierto modo accesorias. Debe a Menéndez Pelayo —con las páginas de *Los Heterodoxos*— el servicio de haberle ayudado a lograr su propia definición. Hubo un día en que hizo pública profesión de

fe católica y repudió todo cuanto en sus obras o en sus palabras se oponga a la doctrina de la Iglesia. ¡Acabado ejemplo de honradez intelectual y moral!

Vasconcelos se nos ofrece como una figura proteica. Hay el Vasconcelos pintoresco que conoce hasta el último de los mexicanos: es el hombre de los desahogos políticos, de las frases certeras que son verdaderos fusilamientos civiles. Hay el Vasconcelos de la autobiografía transparente, el de la sinceridad sin reticencias que llega hasta el impudor. Un crítico nuestro decía —con esa su peculiar manera elusiva— que sólo encontraba en México una novela, una verdadera novela, el libro de memorias, *Ulises Criollo* —que dicho sea de paso: es el libro más vendido en la República Mexicana— de José Vasconcelos. La autobiografía vasconceliana está contenida en cuatro gruesos tomos: *Ulises Criollo*, *La Tormenta*, *El Desastre* y *El Proconsulado*. Por la obsesión amorosa de nuestro Ulises criollo desfilan sus amantes: Adriana (personificación del goce estético), Charito (encarnación del goce material), Valeria (la musa del goce intelectual) . . . Sin pretender justificar este afán de sacar a la luz pública, sucesos que debieron quedar cubiertos por el piadoso velo de la intimidad, bien se puede explicar y atenuar esta actitud diciendo que late en ella —como ocurría en los viejos cristianos— una franca contrición pública. Lo malo del caso es que, al confesar pecados propios, se confiesan los ajenos, los de los seres cuya intimidad sólo debe ser conocida por Dios.

Ante todo, Vasconcelos es una figura cesárea que gira en grande. Pueden ser muy grandes sus defectos pero también son muy grandes sus virtudes. Condenar a José Vasconcelos —el hombre, el esteta, el místico, el educador— por esos pecados, es propio del resentido o del estulto. Juzgar a un hombre que ha publicado una veintena de libros, por hechos aislados de su vida, por frases contradictorias o exageradas o por cualquier otra minucia, constituye una ligereza imperdonable. El que esto escribe, le conoce de cierto a José Vasconcelos una serie de quijotadas y de bellas acciones que por ahora juzga oportuno callar.

Se dice que Vasconcelos es el “maestro imposible”, el maestro que no ha podido ser nuestro maestro porque no le gusta ser maestro. ¡Entendámonos! Vasconcelos no es un profesor de tipo académico porque le aburría a muerte la docencia profesional. Ha preferido siempre ser filósofo en el sentido platónico y por eso su magisterio se ejerció, sobre todo, a través de su obra luminosa que aclara en ocasiones —con sin igual luz— muchos puntos oscuros. Maestro también por la magnífica y valiente defensa de su raza; por su manera personal —fuertemente personal— de encararse con los problemas filosóficos; por las inestimables sugerencias que brinda y por las violentas reacciones que suscita. Exagera a sabiendas para barrer una idea que estima falsa. Es sencillo como un niño —nunca he visto un intelectual con menos pose—, pero

su pasión, en la charla privada, le hace disparar tajantes absurdos. Así y todo, los que le conocemos, terminamos no sólo por acostumbrarnos, sino por quererle y hasta por buscar, en su difícil diálogo, los chispazos geniales que el volcán avienta. Un fondo hermético e incommunicable le hacía respirar mejor en una atmósfera de aislamiento y soledad. Con él fracasaban todas nuestras previsiones porque en cualquier momento podía surgirle un romántico impulso de rebeldía y desconcierto. Aunque fue, como alguien ha dicho, “luminoso y errático como un cohete”, ante la juventud tuvo siempre el prestigio de un mito. “Maestro de las juventudes de América” le han llamado los estudiantes de América del Sur que han visto en el hombre que leía a Platón y seguía a Madero la clave para entroncar el mundo ideal de la cultura con el mundo real de la vida patria.

II

ANÁLISIS CRÍTICO DE LAS OBRAS PRINCIPALES

1. *Los preludios de su sistema*. En 1916, Vasconcelos publica su ensayo: *Pitágoras, una teoría del ritmo*. Sobre los escasos fragmentos y la legendaria tradición pitagórica, Vasconcelos desarrolla una novedosa y brillante interpretación de la teoría de los números que, más que una exégesis de la doctrina pitagórica, es ya un intento de construcción vasconceliana. Interpretando estéticamente a Pitágoras, Vasconcelos dice que la teoría de los números no es una teoría matemática sino una teoría del ritmo. Y como el ritmo implica un proceso o movimiento alternativo en oposición a un movimiento uniforme, el número pitagórico viene a ser de esta suerte, el símbolo del movimiento rítmico exterior e incluso del movimiento interior. Admite Vasconcelos que Filolao y tal vez el mismo Pitágoras hayan tenido una caída o desviación hacia el matematicismo, con mengua de la concepción estética del universo apuntada inicialmente.

En 1918 aparece, con el libro *El Monismo Estético*, el primer esbozo del sistema filosófico vasconceliano. El título de este pequeño volumen de ensayos se justifica, según su autor, si tomamos en cuenta que el sentimiento especial que tuvo Kant por la belleza —recordemos la *Crítica del Juicio*— es el principio unificador del arte, de la ciencia y de la moral. Vasconcelos proyecta, desde entonces, un tratado de Estética Fundamental. Puesto que la música expresa lo “universal concreto”, la filosofía debe adoptar un método musical. Si la lógica conceptual es demasiado abstracta para captar las concreciones de la existencia, es preferible abordar la realidad con una conciencia

estética super-intelectual que vaya más allá de la razón pura y práctica. El mundo ofrece dos tipos de ritmo: el físico —monismo dinámico energético— y el espiritual —energía de nuestras almas.

La Revulsión de la Energía publicada en 1924, contiene, en germen, su futura filosofía de la naturaleza. Para explicar los ciclos jerárquicos de la existencia: materia inorgánica-organismo-espíritu, el filósofo mexicano recurre a su teoría de la revulsión de la energía. La materia es energía mecánica. Pero una concepción puramente mecánica ya no puede explicar la vida, que es energía teleológica. Por último, el espíritu es una energía creadora, desintelectualizada, emancipada de toda preocupación mundana y con modo de vida estético. Estas ideas serán objeto de un desarrollo ulterior en las obras que integran el sistema vasconceliano: *Metafísica, Ética, Estética, Lógica Orgánica y Todología*. Pero antes de construir su sistema, nuestro inquieto "Ulises Criollo" va a constituirse en defensor de su raza y en profeta de Iberoamérica.

2. *El Filósofo Defensor de Hispano-América*. Para Vasconcelos la cultura hispánica es la más excelsa de la rama latina. Ingresamos a las filas de la civilización bajo el estandarte de Castilla, que a su modo heredaba al romano y lo superaba por su cristiandad. Nos hemos educado bajo la influencia humillante de nuestros enemigos que anulan nuestros fines exaltando los suyos. Hay que empezar por independizarnos intelectualmente haciendo vida propia y cultura propia. Tenemos ante el mundo una personalidad peculiar, porque peculiar es nuestra unidad étnica y cultural. No nos reconocemos ni en el indígena ni en el europeo, como el europeo tampoco se reconoce en nosotros. Estrenamos alma y territorio. Pero nos falta afirmarnos en nuestro ser para cumplir nuestra misión.

En *La Raza Cósmica* (1925) y en *Indología* (1927) el filósofo de Iberoamérica predice el desarrollo y la implantación, en América, de la nueva y última cultura que va a tener el mundo. La civilización se inició en el trópico y terminará en el trópico. Habitará en nuestro continente una raza síntesis que será una superación de las stirpes, hecha con el tesoro de todas las anteriores, con el genio y con la sangre de todos los pueblos. Porque Iberoamérica nunca ha sentido repugnancia al mestizaje biológico y cultural, es la tierra más liberal en el sentido primario de la palabra. Corresponde a una raza emotiva como la nuestra, sentar los principios de una interpretación del mundo de acuerdo con nuestras emociones. Ni imperativo categórico, ni razón, sino juicio estético que es lógica particular de las emociones y la belleza. El sentimiento creador, regido por el "pathos estético", llegará a una eugenesia en la que los tipos inferiores extinguirán en ellos mismos, voluntariamente, todo deseo de reproducción. (Esta aseveración que no pasa de ser fantasía pagana,

porque como juicio es ingenuo e inconsistente, fue formulada por Vasconcelos muchos años antes de su conversión al catolicismo). Y se llegará a este estado "espiritual o estético" sobrepasando el "estado material o guerrero" y el "intelectual o político".

José Vasconcelos se propuso ampliar el concepto patriótico dándole, desde la escuela, orientaciones continentales. A este propósito, difundió, junto con el escudo mexicano, el escudo que había ideado antes para la Universidad, haciéndose voz de su pueblo: el mapa de la América Latina y su leyenda: "Por mi raza hablará el espíritu". La Universidad Nacional Autónoma de México conserva, con orgullo, el escudo ideado por Vasconcelos.

En su libro *Bolivarismo y Monroísmo* (1934), Vasconcelos propugna por un nacionalismo hispanoamericano que federe en un solo impulso a toda la América Española. Al ideal anglosajón de incorporar las veinte naciones hispánicas al imperio nórdico, mediante la política del panamericanismo, nuestro "Ulises Criollo" opone el ideal hispanoamericano de crear una unión con todos los pueblos de cultura española. Considera desleal la propaganda que nos afirma en el prejuicio antiespañol —en beneficio de los yanquis— y "la conspiración que calla el triunfo magnífico de España, que, en sólo trescientos años, dio la misma sangre, lengua y cultura a quinientas naciones indígenas y a dos Continentes". Es hora de desterrar definitivamente las mentiras interesadas de la propaganda poinsettista (Poinsett era un astuto embajador norteamericano que fomentaba el odio al elemento español) que nos quieren hacer creer que el español desposeyó al indio de sus tierras, cuando la verdad es que en el mundo indígena precortesiano el cacique era el dueño de todo, y la masa indígena era sierva; nos dicen que el conquistador embruteció a la raza conquistada, siendo la verdad que el misionero trató de sacarla del marasmo en que estaba, igualándola al español por medio del bautismo que le daba calidad de cristiano. En su magistral prólogo a la *Breve Historia de México* (1936), el filósofo de Oaxaca advierte: "Antes de la llegada de los españoles, México no existía como nación; una multitud de tribus separadas por ríos y montañas y por el más profundo abismo de sus trescientos dialectos, habitaba las regiones que hoy forman el territorio patrio". En su obra *Qué es la Revolución* (1937), nos expresa que "la patria tiene montañas y tiene cañadas, tiene ríos y tiene llanuras, pero aún no tiene alma. Tiene heroísmos: dulces y gloriosos heroísmos de Sucre y de Madero y de Martí, y tiene abismos de ideas y de bellezas en pensadores y poetas de alto mérito, pero todavía no tiene un alma; no tiene integrada una conciencia". La falta de fe en nosotros mismos es, sin duda, el más grave de los males, "porque nos priva de la fuerza de resistencia y en cierto modo nos cierra, nos roba el porvenir". Lo que nos falta es el triunfo de los valores morales y espirituales y también una buena dosis de acción co-

lectiva y de disciplina. Sólo un soplo de genio que ilumine y conmueva un centenar de conciencias “podrá poner en marcha esta legión vacilante y brava, dispersa y poderosa en su misma anarquía”.

Es mérito indiscutible de Vasconcelos haber comprendido —adelantándosele a Keyserling— un gran destino para los pueblos hispánicos en el próximo viraje de la historia. ‘Convertir lo físico al ritmo de la emoción y al propósito inmaterial: He ahí la dinámica de la filosofía iberoamericana’.

3. *Principales Influencias Filosóficas en Vasconcelos.* Sin mengua de su potente originalidad, Vasconcelos, como todo filósofo, ha sufrido la influencia de diversas corrientes del pensamiento.

En su juventud, Vasconcelos estudió seriamente el pensamiento indostánico, tratando, incluso, de aprender el sánscrito. Apenas si a últimas fechas logró sacudirse el polvo que le dejaron brahmanes, fakires y yoguis. El “tat twan ansi” (“tu eres esto”) de la filosofía vedántica, es adoptado por Vasconcelos y su doctrina del conocer emocional, entronca en línea ascendente directa con el principio proclamado por los Vedas. “Por eso el verdadero criterio filosófico se rige —nos dice— aún más allá de la similitud intelectual, por la similitud de esencia que une a los seres en la percepción de una identidad emocional”. Esa convicción de la futilidad del vivir terrestre y la certeza de un más allá trascendental —tan entrañablemente sentidas por Vasconcelos— tienen también en él un inconfundible sabor hindú. *Estudios Indostánicos* (1920) es la obra que Vasconcelos deja como testimonio de su vivo interés por el pensamiento de la India y por las posibilidades de encuentro entre Oriente y Occidente.

Una sola frase que se atribuye a Empédocles: “no intentes reducir la calidad”, le basta a Vasconcelos para declararlo como gran predecesor de su filosofía como coordinación.

Tal vez ningún autor haya dejado tan honda huella en el sistema vasconceliano, como Plotino, hasta el punto de que el propio Vasconcelos ha llamado a su sistema “plotinismo remozado”. La procesión vasconceliana de ritmos: físico, biológico y espiritual, marcha derecho hacia el Absoluto con un anhelo creciente de reintegración. “El Universo entero, pasando por nuestros corazones se queda impreso del anhelo divino, y trasmuta su ritmo en el sentido del espíritu, la imagen va siendo el signo del proceso trasmutador” (*Metafísica*, p. 230). El emanantismo monista de Plotino adoptado en la *Metafísica*, ha sido contradicho más tarde en la *Ética* —retorno al Dios cristiano de la niñez—, en la *Estética* y últimamente en su *Todología*.

Vasconcelos debe casi totalmente a Kant sus nociones del conocer senso-conceptual. Las formas espacio-temporales de la sensibilidad, transforman el dato externo en intuición empírica o sensación. El entendimiento reduce a uni-

dad el conjunto de sensaciones debido a su forma “a priori” o categorial originando el juicio sintético a priori. Pero en este peldaño se despiden Vasconcelos de Kant y se lanza a un conocer emocional que le hace consubstanciarse con la esencia de los entes. Nada más opuesto al escepticismo kantiano del “nómeno”.

El filósofo norteamericano Patrick Romanell observa que “la sugestión más cercana a la doctrina vasconceliana sobre el significado lógico de la emoción estética es la indicación de Schelling en el ‘System des transzendentalen idealismus’, de que el arte es el órgano de la filosofía. Tan rica idea, que en el idealista alemán no pasa de ser una sugestión, se convierte en manos de Vasconcelos en la clave maestra de todo un sistema filosófico” (p. 146, *La Formación de la Mentalidad Mexicana*, El Colegio de México, 1954).

De Bergson hereda Vasconcelos ese anti-intelectualismo tan peculiar. La razón, disolvente por analítica, no sabe de unidad plena. La emoción, en cambio, sí sabe de síntesis. El sentimiento intuitivo-emocional es el secreto del Universo, porque el Universo no es la obra de un lógico, sino de un artista que se goza en el acto de creación. Pero mientras Bergson se quedó en el señalamiento de las limitaciones de la ciencia, Vasconcelos desarrolló un método estético para conocer la naturaleza de las cosas. Decir que Vasconcelos llegó a lo que el filósofo francés hubiera llegado de haber llevado a sus extremos lógicos ese “misticismo completo” de “las dos fuentes de la moral y de la religión” —como lo afirma Romanell— nos parece una aseveración audaz e innecesaria.

4. *Metafísica.* Para explicar el conjunto de las cosas y los sucesos, José Vasconcelos busca una realidad fija que le pueda servir de punto de partida. Se trata de encontrar la raíz misma del ser, la fuente de donde brotan sus representaciones y nuestra misma existencia. “Existen las esencias indeterminadas, existe la realidad inmaterial de donde toma cuerpo la forma y existen las ideas, las normas; existencia es un primer y postrero común denominador” (p. 41, *Metafísica*, Editorial “México Joven”, México 1929, impreso en los talleres de la Editorial Cultura). Y así como Lecomte du Noüy habló recientemente —en su libro el *Destino Humano*—, de una escala de observación, Vasconcelos, desde 1929, afirmaba que “según el instrumento de observación, cambian los caracteres; pero queda siempre indestructible el dato esencial: la existencia” (p. 41, *Opus cit.*). Como San Agustín, también nuestro filósofo se sumerge una y mil veces en las profundidades de su ser, investiga las apariencias, contempla lo que es y encuentra una y mil veces la misma certidumbre, la misma noción, independiente de accidentes y circunstancias: la existencia. “Soy, es decir, existo, eso dice la conciencia, eso mismo repite la experiencia, eso mismo confirman nuestros semejantes, eso comprueba la razón” (p. 45). En la base

de todo lo demás, "hay un dato primario de mera emoción de presencia" (p. 42), que se manifiesta a nuestra sensibilidad interior.

Vasconcelos trata de echar mano de un método tal, que enlace en síntesis orgánica los diversos géneros del conocer. El método concurrente integra la unidad en la pluralidad, respetando cada cosa en su plenaria realidad. Y corresponde a la emoción, realizar este método.

Si el ser se manifiesta por caminos de emoción existencial, ya se podrá prever cuál va a ser la teoría del conocimiento vasconceliana. Conocer —nos dice— "es reducir a términos de conciencia los elementos más extraños, haciéndolos participar de nuestra vida según sus afinidades con los distintos poderes de nuestra personalidad y ligado todo en una convicción de superexistencia y trascendencia en que se combina lo disímil, para el logro cabal de la armonía" (p. 136). El conocimiento sensible convierte en intuición empírica, mediante las formas espacio-temporales, la impresión indeterminada que viene del exterior y hiere mi sensibilidad. El conocimiento intelectual reduce a unidad el conjunto de sensaciones, merced a la forma "a priori" del entendimiento. Pero sólo por el conocimiento emocional llegamos a consubstanciarnos con la esencia misma de los seres. "Así como la existencia es el fondo común de toda filosofía, de igual manera la emoción es el fondo común de toda vida y aun el fondo de toda cosa; pues pensar la cosa es incorporarla en el seno de la emoción. Concebimos la vida como emoción antes de concebirla como pensamiento, y la seguimos concibiendo como emoción más allá del pensamiento" (p. 164). Tal es, a grandes rasgos, la teoría del conocimiento —alógica y emocional— de José Vasconcelos.

En la cosmología emanantista y dinámica de Vasconcelos —que niega implícitamente la extensión—, el Universo se presenta como un cuerpo único con irradiaciones emotivas. Todo es ser y todo para ser participa de una misma sustancia, aunque en diverso grado y calidad, según su cercanía del Ser Absoluto. Su experiencia de hombre moderno le indica que la sustancia una se encuentra en estado de dislocación o de catástrofe. ¿Motivos? Debe haberlos y profundos, pero se nos escapan. Es el caso que el mundo marcha —según la Física de Carnot, la termodinámica y la doctrina de los electrones— por una vertiente a su desintegración y por la otra (proceso de reversión) asciende a reintegrarse al Ser Absoluto. La integración de la energía triunfa en una primera escala que es el átomo. En determinados instantes el flúido dinámico se condensa y se estructura —fase atómica— en un ritmo particular, monótono y mecánico. Prosigue la energía su marcha de integración y arriba a una segunda "revulsión": la fase biológica. En esta etapa hay ya propósito, finalidad, y el esfuerzo por la individuación es ya más avanzado. La tercer estructura típica es el alma que vive de imágenes. Cuando el mundo se ha

hecho imagen —fusión de intelecto (marco) y emoción (esencia)— entra al ritmo del espíritu y se eterniza y se salva, pese a la disipación y a la entropía. La función del hombre creador de imágenes, es, en este sentido, mesiánica. Hasta aquí la energética revulsional (las revulsiones son cambios violentos de calidad energética) de José Vasconcelos, cuya ley parece ser: "avanzar o perecer".

5. *Ética*. Si la esencia de lo ético es el acto teleoklino que se rige por ciertas normas, *Ética* será, para nuestro filósofo, "toda disciplina de vida", toda potencia que se traduzca en acto.

También en la *Ética* (escrita en 1932) es fácil reconocer el plotinismo de Vasconcelos. El Absoluto, último y supremo fin de todo lo existente, atrae al hombre —libremente— para que redima y salve a la naturaleza ciega sumida en la inconciencia. La naturaleza, sedienta de unidad redentora, es un dócil instrumento del hombre para la trasmutación a planos espirituales.

La norma de moralidad es el juicio ético emotivo que distingue lo bueno de lo malo y crea el reino de los valores. La doctrina de los valores de Vasconcelos es por completo diversa a la de Scheller o a la de Hartmann. En sí las cosas no son buenas ni malas. La emoción es la que estima las cosas según la concreta conveniencia que guarden con el fin supremo del hombre. El valor depende pues de que las cosas se incorporen al espíritu con su ritmo, su armonía y su contrapunto. En la más alta de sus formas: la santidad, la moral es pasión y dolor de inmolación. Sin Dios y sin libre albedrío no sólo es imposible toda *Ética* sino toda existencia. Si se aparta el alma del Bien Absoluto cae en la animalidad que a la postre se resuelve en la nada. Tal es en esquema la *Ética* vasconceliana, la cual, por lo demás, abunda en certeras y hondas observaciones críticas a los sistemas morales de mayor relieve.

6. *Estética*. La obra maestra de José Vasconcelos es, para nosotros, la *Estética* (publicada en 1936). En su tercera edición (1945) consta de tres títulos, veintidós capítulos y 653 páginas. Los títulos son los siguientes: 1) Gnoseología estética; 2) El apriori estético; 3) Clasificación general de las Bellas Artes. Apuntemos las ideas-madres de la *Estética* vasconceliana: *Estética* no es para Vasconcelos el tratado de lo bello. Se trata de algo muy diverso. Se trata de redimir el mundo físico trocándole su ritmo de material en psíquico. Los cuadros de la naturaleza, destinados a desaparecer, son salvados por el hombre, que los conmuta en ritmo, armonía y contrapunto. El amor —alma de la *Estética*— es la fuerza que emprende la reintegración de lo disperso a lo Absoluto. La ley del espíritu (su función estética) es realizar una coordinación viviente de los heterogéneos sin sacrificar la cualidad. Si el hombre está creado a imagen y semejanza de Dios, y está dotado de ese maravilloso poder

de creación que despliega en el mundo del arte, es probable que Dios haya creado el Universo de una manera artística con júbilo inefable.

Las imágenes vivas de las cosas las maneja el espíritu humano en el crisol de su triple "apriori" estético: ritmo, armonía y contrapunto. Aquí reside la belleza. La operación estética, en esencia, radica en aislar la cosa de su ritmo nativo, a fin de incorporar su movimiento al ritmo del alma. Estamos en el reino del subjetivismo.

Empecemos por examinar el ritmo. En el fluir ininterrumpido de la corriente psíquica, el alma percibe sus actos sensoriales e intelectuales, a determinados intervalos. De ahí que cuando los sonidos se acomodan a la disposición del espíritu, produzcan goce. El ritmo con pulsación natural es placentero.

En tanto que el ritmo es sucesivo, la armonía es simultánea. La armonía enlaza y combina series melódicas al mismo tiempo en la unidad de la composición musical. Esto es incomprensible para "nuestra pobre atención lógica, habituada a manejar idea tras idea". No es unidad conceptual, sino unidad global sui-generis, la operación del compositor que organiza conjuntos significativos.

Arribar al contrapunto es arribar a la cumbre de la estética vasconceliana. En la dinámica unidad de la conciencia, la sensación despierta ideas, las ideas recuerdos, y simultánea y orgánicamente se influyen y se conciertan. El contrapunto logra la unidad de heterogéneos conservando la integridad de cada canto, pero colocándolos adecuadamente en el concierto.

Con mente kantiana, Vasconcelos adopta las ideas de Nietzsche sobre la tragedia griega, convirtiéndolas en categorías. Y por su cuenta añade a las dos categorías nietzscheanas de la belleza —apolínea y dionisiaca— una más: la mística, aplicable sólo al plano sobrenatural. Se trata de una intuición de esencias —que no son abstracciones— de lo Absoluto. La unión con lo divino se verifica por la intervención de la gracia.

Cree Vasconcelos que ha descubierto nada menos que un órgano estético en el hombre. Este órgano que posee un sentido de orientación y que nos lleva a un equilibrio energético de composición, lo encuentra Vasconcelos en los conductos semi-circulares a donde convergen las impresiones cerebrales conscientes y las sensaciones internas o cenestesia, brotando de este concurso la unidad fundamental del yo.

El arte es una fuga del trabajo: "grito acompasado de los marineros que tiran del cable, canciones del remador, romance popular del carrero, que arrea sus bestias al unísono chirriar de los ejes". Poesía, música, plástica, las artes todas alcanzan su cúspide en la liturgia. La liturgia cristiana es el arte comprensivo y unitario que realiza la imagen del mundo celeste. Su misión es preparar el alma para el goce inefable de la verdad revelada. Muchas de las

páginas que Vasconcelos dedica al mundo del arte, son dignas de figurar entre las mejores del siglo XX en habla castellana.

7. *Lógica Orgánica* (1945). Define Vasconcelos la Lógica como "la ciencia que estudia la razón como instrumento para alcanzar la verdad, la finalidad y la armonía" (p. 58). La divide en: a) Lógica intelectual (formal, deductiva matemática y como ciencia de lo homogéneo); b) Lógica inductiva (el método de la experiencia); c) Lógica ética (consideración de fines y criterio de finalidad aplicable al comportamiento); d) Lógica estética (coordinación de heterogéneos, según las puras leyes de la calidad o sea la armonía) (p. 74). Pensar —para el filósofo mexicano— no es raciocinar, es decir, no es referir lo particular a lo general, para crear un mundo conceptual ficticio; pensar, en esta nueva manera, es reconocer cada objeto en su individualidad concreta, y en relación de simultaneidad o de separación en el tiempo; de cercanía o lejanía en el espacio, en relación a quien piensa. El tipo moderno del conocer es coordinar conjuntos. Los distintos aprioris —mental, ético y estético— son los instrumentos de exploración que se reparten el conocimiento. La clasificación que Vasconcelos hace de las ciencias —que no exponemos por falta de espacio— es verdaderamente original.

8. *Todología*. Movido por el propósito de mostrar los caminos que conducen a la armonía del saber total, José Vasconcelos sacó a la luz pública, en 1952, su *Todología*. Nunca más volverá a escribir —así nos lo declaró personalmente— otra obra filosófica. Pero nos dejó su postrer esfuerzo por plasmar un experiencialismo vivo, al cual concurren —cada uno en su función— los datos de los sentidos, los arreglos de la razón y los propósitos de la voluntad. Todo en armonía amorosa.

La palabra "Todología" es vaga y equívoca. ¿Por qué emplear el término "logía" cuando su esfuerzo es anti-intelectual o anti-conceptual? ¿Y qué vamos a entender por la palabra "todo"? Vasconcelos no se cuida de precisarlo. No ha de faltar alguien que, conociendo el plotinismo manifestado en la obra anterior del Ulises Criollo, se imagine vislumbrar nuevos tintes pantéistas. Además, hubiera podido Vasconcelos llamar más acertadamente a su obra "Filosofía Estética" o "Filosofía de la Coordinación", simplemente, sin tener que echar mano de ese horrendo neologismo.

En el "Prólogo" nuestro autor apunta su programa: ocupa sitio central el problema de la unificación de los heterogéneos. Conforme al método de la coordinación, la verdad es concebida como un acorde musical, más bien 'que como un acuerdo lógico. En lo real hay una relación de coexistencia, en la cual cada cosa puede ser concebida como porción de un todo. La movilidad es asunto de posición más bien que de fondo y de meta. "Siempre que contem-

plamos la creación según sentido de simultaneidad, el presente encierra en sí los pasados y los futuros, reduciendo a su unidad todas sus dimensiones". Una filosofía que aspire a ser completa, debe descubrir la colocación y la función de las partes dentro del Todo. "Una visión del Universo, que comienza en la onda magnética y termina en la Trinidad que definió San Pablo", es la que procura brindarnos Vasconcelos en su último libro. Su objetivismo primordial es religioso: "No busco, pues, otro fin, que el de unir mi voz al coro de las alabanzas del Eterno. Añadir al caudal de la verdad el testimonio de mi experiencia y, desde algún escondido rincón del Templo, entonar con humildad mis salmos" (p. 11, *Todología*, Ediciones Botas, 1952), El filósofo de la coordinación nos asegura que la "verdad, además de adecuación, debe demostrar coordinación. La adecuación se da en lo estático y conceptual. La coordinación es la verdad de lo vivo" (p. 16).

9. *Observaciones críticas.* José Vasconcelos elabora sus lucubraciones a "golpes de intuición". En cada página nos presenta luminosas intuiciones o visiones que no lleva, por el razonamiento, a su cabal desarrollo. No es que le falte sistema, sino método. El método se refiere a los medios encaminados para descubrir verdades latentes o exponer las ya conocidas. El sistema se caracteriza por un estilo personal del pensar, por un filosofar peculiar que se enfrenta, en carne viva, ante una problemática que preocupa. Todas las obras de Vasconcelos dan la impresión de estar atadas indisolublemente a su alma. Su proceder no es el del científico que demuestra, sino el del artista que muestra. A la luz de un principio rector cohesionan elementos heterogéneos y los re-crea en el seno fecundo de un propósito estético o de salvación.

El sistema vasconceliano no se cuida de basar sus principios en tierra firme. Porque erigir la emoción en supremo criterio de verdad y en norma de moralidad es caer en el campo de lo versátil, de lo subjetivo, de lo oscuro. Combinar el intelecto kantiano con la emoción plotiniana no resulta hacedero en filosofía.

Vasconcelos es una especie de nuevo Rey Midas que acaba por transformar en Estética, todo problema que se propone. Con tal "estetización" de la experiencia, resulta sumamente difícil saber cuál va a ser, en realidad, el sitio dejado a la estética propiamente dicha. Si el único modo de conocer la realidad última es por vía de la intuición artística, los artistas son los filósofos.

Pretende el filósofo mexicano fundar la filosofía sobre la ciencia física actual —aunque en rigor se funde sobre la experiencia pre-científica y maneje conceptos de una física que ya no es plenamente actual— pero sin llegar a una interpretación propiamente filosófica de la ciencia. A esta pretendida necesidad de fundar la filosofía sobre la ciencia, José Gaos opone este argumento histórico: "la existencia de una alta filosofía cuando aún no había

ciencia sobre qué fundarla, por la sencilla razón de que entonces era la filosofía la que fundaba, creándola, la ciencia —tal la filosofía presocrática (p. 131, *Pensamiento de Lengua Española*, Editorial Stylo, México, 1945). El raciocinio metafísico no puede ser considerado, sin desvirtuarlo, como un epílogo de alta ciencia. Tal es, al menos, nuestra opinión.

En el "monismo diversificado" de la cosmología vasconceliana las revulsiones de la energía quedan sin explicación filosófica, al declararse como "un saltus misterioso en la naturaleza". Vasconcelos no se cuida, con frecuencia, de definir los conceptos capitales de su filosofía y de mantenerse dentro del campo de lo definido, porque procede, las más de las veces, por ocurrencias sueltas o "a golpes de intuición", aunque estas intuiciones —menester es reconocerlo— sean, en muchas ocasiones, las de un genio.

III

CONSIDERACIONES SOBRE EL ÉXITO DE JOSÉ VASCONCELOS

Vasconcelos es hoy en día la figura de mayor relevancia intelectual en Hispano-América. El Conde Hermann de Keyserling afirma, en sus *Meditaciones Sudamericanas*, que "José Vasconcelos es el ideólogo más original que hasta hoy ha habido en la América del Sur" (p. 231, *Meditaciones Sudamericanas*, traducción española, Madrid, 1933). Y páginas adelante, en el capítulo que consagra a la "delicadeza", nos asegura: "En América del Sur pueden encontrarse ya los primeros elementos de una concepción del mundo autóctona y original. Reposa sobre el concepto de delicadeza. El argentino Leopoldo Lugones postula para su país una cultura de la belleza semejante en estilo a la antigua... Pero el pensador más representativo es el mexicano José Vasconcelos".

En algún lugar de la América del Sur, un buen día le llamaron a Vasconcelos "el Maestro de las juventudes de América". Y es lo cierto que a donde quiera que fue —en sus frecuentes viajes por los países iberoamericanos— hubo siempre un puñado de estudiantes que esperaban a su maestro, en la estación ferroviaria o en el aeropuerto, ansiosos de escuchar de sus labios una nueva idea o una palabra de estímulo.

No he conocido hombre a quien le importaran menos las distinciones académicas. Las Universidades de Chile, Puerto Rico, Salvador, Guatemala y México le confirieron el grado de Doctor en Filosofía "honoris causa". Fue miembro del Colegio Nacional y académico de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Real Academia Española de la Lengua. España le otorgó sus

más altas condecoraciones. Estados Unidos le llamaba con frecuencia, para que dictara conferencias en sus principales universidades. Pero Vasconcelos despreció el éxito. Cuando éramos estudiantes nos aprendimos, de una de sus más célebres conferencias, aquel fragmento: "El éxito es estéril y mediocre, se acomoda con el instante, muere con él, no suscita ni anhelos ni virtudes. Lo que se trunca por alzarse demasiado, conserva vigor en las raíces para recomenzar el asalto de la altura..."

En materia de Sociología, la teoría vasconceliana de "La Raza Cósmica" se ha visto confirmada en las obras de Toynbee, que advierte en la historia un proceso hacia la heterogeneidad y mezcla de todas las razas. Vasconcelos insiste en que a la larga vendrá la unificación de la especie, con aumento de sus potencias si logra aprovechar las virtudes de los componentes.

En Filosofía, José Vasconcelos reclama el derecho a que se juzguen como originales suyas, las tesis siguientes:

a). La teoría del Apriori Estético, en la cual se afirma que el fenómeno de la belleza obedece a formas específicas, que son: el Ritmo, la Melodía, la Armonía y el Contrapunto, formas independientes totalmente de las formas lógicas aristotélicas.

b). La teoría de la coordinación mental que liga conjuntos heterogéneos. Cuando pensamos en un objeto, por ejemplo, ponemos en un sector de la mente lo que nos dice del objeto la Física, lo que nos dice la Química, lo que nos dice la literatura, y así la labor del filósofo va a consistir en coordinar todas esas esferas del conocimiento, para lograr algo que ya no es "Logos" sino Armonía. La verdad, en consecuencia, ya no es la reducción de lo particular a lo general —piensa nuestro filósofo— sino el secreto de la coordinación de valores irreductibles uno al otro, pero que se ligan por la vida y la acción, dando por resultado una existencia como armonía.

c). En su ensayo intitulado *La Sinfonía como Forma Literaria*, Vasconcelos lanzó por primera vez la tesis de que el arte supone la combinación de elementos heterogéneos que se coordinan en forma no intelectual, sino en forma armónica y estética, a efecto de producir efectos de conjunto, que son perfectamente inteligibles y además sensibles y que no tienen nada que ver con las conclusiones lógicas de la mente. Esta tesis coincide con las ideas sobre la belleza del poeta Elliot, en sus Cuartetos, escritas como diez años después, según lo ha hecho notar el filósofo norteamericano Philip Wheelwright.

En la obra escrita de José Vasconcelos hay un semillero de ideas geniales que, mediante un apropiado cultivo, pueden tener un desarrollo fecundo. Vasconcelos puede salvarse, para la posteridad, en antología. Y aún no se ha hecho una verdadera antología de la obra filosófica de nuestro pensador.

Mucho dice a la juventud el mensaje vasconceliano: "Amar sin transigir". Todo lo creado puede ser amado rectamente, obligando al suceso y al hecho a que colaboren a nuestro fin superior. Y más allá de toda filosofía, nos sentimos hermanados a José Vasconcelos por una profunda e incurable nostalgia de Dios.

Si José Vasconcelos constituye un profundo enigma para los críticos, ello es debido a que atestigua, como todo hombre egregio, la existencia de un mundo supremo. Por sentir tan a lo vivo el descontento de sí mismo, ha podido estar siempre en posibilidad de superarse. "El principio suprahumano —ha dicho Nicolás Berdiaef— es el indicio constitutivo del ser humano. El hecho mismo de la existencia del hombre señala una ruptura en el mundo, atestigua que la naturaleza no puede bastarse a sí misma y que descansa sobre un ser supra-natural. En tanto que ser perteneciente a dos mundos y capaz de superarse a sí mismo, el hombre es un ser contradictorio y paradójico; que concilia en sí las más extremadas oposiciones" (p. 86, *La Destinación del Hombre*, Editorial de José Janés, Barcelona).

La filosofía nunca ha sido, para Vasconcelos, cosa de cátedra. La más perjudicial de todas las filosofías —que según nuestro "Ulises Criollo" es la de Hegel—, procede de la cátedra. Las grandes filosofías se llaman "Platón" o se llaman "San Agustín"; nada tienen que ver con las universidades. Proceden —en opinión del pensador mexicano— de una alma rebelde que se decidió a pensar libremente, fuera de todo cenáculo. No es que Vasconcelos piense que no sea conveniente que las universidades cultiven la filosofía y la enseñen; pero está claro, para él, que sin los grandes creadores independientes tendrían que cerrarse las aulas.

En una ponencia presentada al "Tercer Congreso Interamericano de Filosofía" (Mesa redonda de la UNESCO), Vasconcelos afirmó rotundamente: "Esencial es de un filósofo cierta condición de permanente desacuerdo y disgusto, que no se concilia con el profesionalismo... Quizás ninguna facultad del espíritu es más opuesta al encasillamiento y la rutina, que la facultad del filósofo. Debe ser el filósofo, ante todo, hombre, y por lo mismo, afrontar todas las contingencias del hombre... Para hablar con autoridad, es necesario haber aceptado previamente todos los riesgos implícitos en la condición humana". (Véase *El Peligro de la Libertad Intelectual*, p. 87, edición de la Facultad de Filosofía y Letras, Imprenta Universitaria, México, 1952). Y es lo cierto que a la hora de responder de sus actos, José Vasconcelos ha respondido como hombre y no como filósofo, es decir sin alegar privilegios —digámoslo con sus propias palabras— propios de doncellas tímidas. Nunca ha querido acogerse a un fuero, para no perder autoridad moral. Ha desdeñado las clases de profesor universitario, para darnos una lección viviente con su temple viril

que ha sido siempre la condición del filósofo. Una y muchas veces ha sabido colocarse por encima de las circunstancias viles. La pena y la dicha las ha soportado con dignidad. He aquí una lección más: el filósofo ha de ser Rey de la Circunstancia. Filosofar no es divagar; filosofar es decidirse. Por eso ha intervenido clara y terminantemente —y con voz tronante cuando ha hecho falta— cada vez que se comete una injusticia susceptible de ser remediada. Una de sus mejores cualidades es la de saber indignarse.

Pensamiento y vida no están, no deben estar, divorciados. Las futuras generaciones podrán aprender de José Vasconcelos que la filosofía, siempre que la encarnan hombres cabales, tiene desde luego una tarea social que realizar: la tarea de hallar la verdad y proclamarla. El filósofo es un rompecaretas; denunciar la hipocresía, el fariseísmo; tal es la misión moral del filósofo. Su grito no se puede desoír: "Guerra contra los opresores del cuerpo y del alma, sin descanso, hasta el fin de los tiempos".

Vasconcelos ha comprendido su destino: norma y designio; lugar en la existencia; materia en que verificar su vida y un modo de verificarla; unas posibilidades y unos límites concretos. Pero también tarea para la propia acción y creación. Poder percibir este llamamiento y satisfacerlo, ha sido su más propia prerrogativa.

A las generaciones venideras —a las mexicanas, especialmente— les corresponde reactualizar y modificar el mensaje vasconceliano en la medida en que ellas revivan esa filosofía y ese modo de existencia. Si sus ideas no encuentran apoyo de fuerzas, intereses, pasiones e impulsos, carecerán —cualquiera que sea su valor espiritual— de toda vigencia en la historia real. Los factores reales, aunque no determinan los contenidos ideales de la cultura, abren o cierran las compuertas para que las potencias espirituales se abran camino efectivo en la historia. Yo ignoro cuál vaya a ser el destino, en lo futuro, del mensaje vasconceliano. Pero de una cosa estoy seguro: si su filosofía, si su modo de filosofar, logra efectiva vigencia en el porvenir, estará, de todas maneras, más allá, en complejidad y riqueza, de lo que correspondería a una determinada interpretación unívoca por los factores reales.

Estemos o no estemos de acuerdo con muchos actos de su vida, no caigamos en el mezquino vicio de restar méritos a ese su arte de ser fiel a sí mismo; fidelidad heroica que no ha podido ser aprisionada por el público. Esa pasión, ese calor y esa vida que ha sabido poner en sus libros, subsistirán mucho tiempo después que se hayan perdido en el olvido los nombres de sus detractores.

Filósofo de alma ardiente y luchador activo en la calle, ha concluido por abrirse a lo sobrenatural para evadirse de esta paradoja: ser más que hombre sin dejar de ser hombre. Su itinerario no ha transcurrido en vano. La esperanza —aventura en curso— penetra a través del tiempo y funda su vida.

IV

BIBLIOGRAFÍA

(A)

1) *Obras filosóficas de José Vasconcelos: Pitágoras, una Teoría del ritmo*, 1916, primera edición, en "Cuba Contemporánea", y en 1921 la segunda edición en la Editorial Cultura (Tomo XIII, México, D. F.); *Monismo Estético*, 1918, Editorial Cultura, México; *Estudios Indostánicos*, primera edición, 1920, Editorial "Saturnino Calleja", Madrid; tercera edición, 1938, Ediciones Botas, México, D. F.; *Tratado de Metafísica*, primera edición, 1929, Editorial México Joven, impreso por la Editorial Cultura, México, D. F.; *Ética*, primera edición, 1932, segunda edición, 1939, Ediciones Botas, México, D. F.; *Historia del Pensamiento Filosófico*, primera edición, 1937, Ediciones de la Universidad Nacional Autónoma de México (Imprenta Universitaria), México, D. F.; *Lógica Orgánica*, primera edición de "El Colegio Nacional", 1945, México, D. F.; *Todología*, primera edición, 1952, Ediciones Botas, México, D. F., segunda edición, 1952, Colección Austral, Espasa Calpe Argentina, Buenos Aires. (Nota: Esta segunda edición de la *Todología* se imprimió con otro nombre: *Filosofía Estética*, y con algunas supresiones).

2) *Obras Sociológicas y Pedagógicas: La Raza Cósmica*, primera edición, 1925, Agencia Mundial de Librería, Barcelona; segunda edición, 1948, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires; *Indología*, primera edición, 1927; Agencia Mundial de Librería, Barcelona; *Bolivarianismo y Monroísmo*, primera edición, 1934, Ediciones Ercilla, Santiago de Chile; *De Robinson a Odiseo*, primera edición, 1935, Madrid; segunda edición, 1952, Editorial Constancia, México, D. F.

3) *Obras Históricas: Breve Historia de México*, primera edición, 1936, sexta edición, 1950, Ediciones Botas, México, D. F.; *Simón Bolívar*, primera edición, 1939, Ediciones Botas, México, D. F.

4) *Obras Autobiográficas: Ulises Criollo*, primera edición, 1936, novena edición, 1946, Ediciones Botas, México, D. F.; *La Tormenta*, primera edición, 1936, séptima edición, 1949; *El Desastre*, primera edición, 1938, quinta edición, 1951; *El Proconsulado*, primera edición, 1939, segunda edición, 1946. Todas las obras autobiográficas están publicadas por Ediciones Botas, México, D. F.

5) *Ensayos y otros trabajos: Gabino Barreda y las ideas contemporáneas*, 1910, Revista Universidad. México, D. F.; *La intelectualidad mexicana*, 1916 (Conferencia), Revista Positiva, México, D. F.; *Divagaciones literarias* (1919, Lima, Perú); *Prometeo Vencedor*, 1920, Editorial América, Madrid; *Pesimismo Alegre*, Imprenta de Juan Puello, 1931, Madrid; *Sonata Mágica* (Cuentos), primera edición, Imprenta de Juan Puello, Madrid, 1933; segunda edición, 1950, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires; *Qué es la Revolución*, 1937, Ediciones Botas, México, D. F.; *Qué es el Comunismo*, 1937, Ediciones Botas, México, D. F.; *El Viento de Bagdad*, 1945, Ediciones Letras de México, México, D. F.; *Discursos 1920-1950*, Ediciones Botas, 1950, México, D. F.

6) *Producción periodística*. Es materialmente imposible recoger la abundantísima producción periodística de José Vasconcelos, esparcida en el transcurso de varios años y a través de múltiples periódicos y revistas de dos continentes.

OBRAS COMPLETAS, CUATRO TOMOS, Libreros Mexicanos Unidos, Col. Laurel, México, D. F., 1957-1961.

(B)

Principales Estudios sobre José Vasconcelos.

1) Herminio Ahumada, Jr., *José Vasconcelos —Una vida que iguala con la acción el pensamiento—*, Ediciones Botas, México, D. F., 1937. Trátase de un breve estudio biográfico hecho en tono de defensa, con una muy honda simpatía y con estilo ágil y brillante en ocasiones.

2) José Sánchez Villaseñor, S. J., *El Sistema Filosófico de Vasconcelos —Ensayo de Crítica Filosófica—*, Editorial Polis, S. A., México, D. F., 1937. Este libro con verdadero rigor metódico, expone y critica —penetrantemente— el sistema vasconceliano, excepción hecha de la *Lógica Orgánica* y de la *Todología*, que no habían aparecido aún cuando Sánchez Villaseñor escribió su libro.

3) Antonio Castro Leal, *Páginas Escogidas de José Vasconcelos —Selección y Prólogo—*, Ediciones Botas, México, D. F., 1940. Castro Leal —literato de pura cepa— nos presenta un brillante estudio sobre el escritor, el defensor de la raza y el maestro imposible. Pero su estudio sobre el filósofo es muy débil y ligero.

4) Genaro Fernández Mac Gregor, *Vasconcelos —Prólogo y Selección—*, Ediciones de la Secretaría de Educación Pública, México, 1942. En este ensayo

sobresalen la comprensión del hombre y del sociólogo. El estudio sobre la filosofía vasconceliana es en extremo deficiente.

5) José Gaos, *Pensamiento de Lengua Española* (pp. 121 a 143), Editorial Stylo, México, 1945. Enjuiciamiento severo y hondo de la filosofía de Vasconcelos, con motivo de la aparición de la Antología publicada bajo la dirección de Castro Leal, al que le falta valorar la parte positiva que Vasconcelos aporta a la filosofía.

6) Oswaldo Robles, "José Vasconcelos, filósofo de la emoción creadora", en la Revista *Filosofía y Letras*, Núm. 26, abril-junio, 1947, México, D. F. Estudio puramente expositivo, escrito con mucha cortesía y con profundo conocimiento de la esencia del pensamiento vasconceliano.

7) José Luis Martínez, "La obra literaria de José Vasconcelos", en la Revista *Filosofía y Letras*, Núm. 26, abril-junio, 1947, México, D. F. Hacía falta que alguien se echase a cuestras la tarea de clasificar las obras de Vasconcelos, de analizar sus excelencias y sus deficiencias literarias y de captar su estilo. Aunque no del todo logrado, es éste un primer intento de penetrar —con voluntad de orden— en la extensa producción literaria de nuestro pensador.

8) Patrick Romanell, *La formación de la mentalidad mexicana —Panorama actual de la filosofía en México— (1910-1950)*, editado por el Colegio de México en 1950. En este libro sobresale, como su mejor capítulo, el dedicado a "El Monismo Estético de José Vasconcelos" (pp. 109 a 160). Honda simpatía humana, sentido irlandés del humor, agudo sentido crítico y rigurosa preparación filosófica, hacen de este trabajo un excelente instrumento para conocer a Vasconcelos y su filosofía. Lástima que en ocasiones se deje llevar Romanell por su deseo de teorizar y de someter a las simplificaciones de sus esquemas preconcebidos —brillantes pero no exactos— la rica realidad que analiza.

9) José Gaos, *Filosofía Mexicana de Nuestros Días*, Imprenta Universitaria, México, 1954. En forma sugestiva, Gaos penetra en el Sistema de Vasconcelos expuesto en la *Todología*, esta vez con mayor cordialidad y con ostensible voluntad de entresacar los indudables aciertos que palpitan en la obra vasconceliana.

10) Agustín Basave Fernández del Valle, en la Revista *Trivium*, órgano del Departamento de Humanidades del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey: "La Metafísica de José Vasconcelos", Año II, Núm. 9, julio y agosto de 1950; "La Filosofía de Vasconcelos en Panorama", Año III, Núm. 1-2, noviembre y diciembre de 1950; "La Estética de José Vasconcelos" (primera parte), Año III, Núms. 6-7, abril y mayo de 1951; (segunda parte), Núms. 8-12, junio a octubre de 1951.

La Editorial del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid publicó, en 1958, la obra *La Filosofía de José Vasconcelos —El Hombre y su Sistema—*, que abarca, por primera vez, todo el extenso conjunto del sistema vasconceliano. No se trata de un trabajo de simple resumen. Se intenta llegar al alma de ese poema en abstracto que es la filosofía de Vasconcelos; captar la unidad bajo las aplicaciones doctrinales; aprehender el espíritu que palpita en el fondo del sistema.

POSTURA FENOMENOLÓGICA DE MAURICE MERLEAU-PONTY

DR. FRANCISCO BUCIO PALOMINO
Universidad de Nuevo León

EL NÚMERO ESPECIAL que la revista *Les Temps Modernes* consagró a la obra de Merleau-Ponty en 1961, después de su muerte, recoge el trabajo *L'Oeil et l'Esprit* que poco antes, en ese mismo año, había sido publicado en *Art de France*. La misma obra fue editada en Gallimard en 1964 y con su título se cerró el ciclo de un pensamiento que espera seguir siendo pensado...

El tema de la pintura es tomado en esta obra a la manera de un campo de observación en el que adquiere relevante nitidez al ser escudriñada la más profunda estructura humana. Por consiguiente, más que el arte, es el hombre el que también aquí se encuentra en el foco de las preocupaciones del filósofo. Por lo demás, no se trata ni de descubrirnos ni de fundamentarnos la misma estructura del hombre, a cuyo tema central fueron dedicadas sus admirables obras, *La Estructura del Comportamiento* y *Fenomenología de la Percepción*. Y sin embargo, tampoco es una mera nueva luz sobre algo plenamente definido: el misterio de nuestra unidad y de nuestra individualidad, que es el misterio de nuestro ser, queda más visible desde esta ventana que a la vez podemos convertir en puerta para entrar hasta él.

Ni un puro espíritu podría pintar, como tampoco lo podría hacer un puro trozo de materia. El hombre sí puede hacerlo gracias a esa misteriosa transubstanciación por la cual, "prestando su cuerpo al mundo el pintor cambia el mundo en pintura".

Ya había quedado bien asentado en la *Fenomenología de la Percepción* que mi cuerpo tiene una ciencia práctica, un saber consiguiente a los proyectos que su estructura hace posibles. Ahora se afirma que mi cuerpo puede hacerse mundo, y parece sobreentenderse que también el mundo puede convertirse en mi cuerpo. Las dos proposiciones quedan comprendidas dentro de la que cita-